

De ortodoxias y herejías. El tránsito del marxismo al fascismo a través de la revisión nacional-idealista del sindicalismo revolucionario italiano

Sergio Brea García (UO217894@uniovi.es / sbreagarcia@gmail.com)

Universidad de Oviedo

Resumen

El objetivo de esta propuesta es exponer y analizar las causas que hicieron posible la reinterpretación del marxismo clásico hecha por los sindicalistas revolucionarios italianos, quienes reconfiguraron dicho credo en clave nacional-idealista y lo reconvirtieron, ulteriormente, en fascismo por medio de la sustitución del campo de batalla (del mundo al Estado-nación), de sus contendientes (de la burguesía y el proletariado a los productores y los «parásitos») y de sus relaciones mutuas (de la lucha de clases a la colaboración interclasista).

Nota biográfica

Sergio Brea García (Los Cabos, Pravia, Asturias, 1992). Graduado en Filosofía con Máster Universitario en Formación del Profesorado de Educación Secundaria, Bachillerato y Formación Profesional por la Universidad de Oviedo. Profesor de Filosofía y actual doctorando del Programa de Investigaciones Humanísticas de la Universidad de Oviedo.

Palabras clave

Marxismo, fascismo, sindicalismo revolucionario, nacionalismo, idealismo.

La Primera Guerra Mundial

La Primera Guerra Mundial supuso un antes y un después para Europa y el mundo. Después de unas décadas de relativa calma y tranquilidad en las que la formación de alianzas entre los diversos imperios y potencias europeas había garantizado cierto equilibrio de poder en el continente, el sistema económico capitalista prosperó impulsado por los vientos de cola de la Revolución Industrial¹. Algunos intelectuales vislumbraban incluso una nueva concepción de la historia en la cual la guerra y el conflicto dejaban paso a los intercambios libres y voluntarios entre los hombres, los pueblos y las naciones². Empero, el asesinato del archiduque Francisco Fernando de Austria el 28 de junio de 1914 desencadenó un efecto dominó que desembocó en el comienzo de la mayor guerra jamás vista hasta la fecha que no tardó en convertirse en una conflagración mundial en la que intervinieron desde Estados Unidos hasta el Imperio de Japón, pasando por los soldados provenientes de las colonias de los contendientes: de un lado, la Triple Alianza de las Potencias Centrales (el Segundo Imperio Alemán, el Imperio Austro-Húngaro e Italia, que finalmente concurrió a la guerra por el otro bando); del otro, la Triple Entente (la Tercera República Francesa, el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda y el Imperio Ruso). Las consecuencias fueron desastrosas para los dos bandos, pero, naturalmente, fueron sobremanera duras en el de los vencidos, entre los que destacó Alemania, que perdió su Káiser, su Imperio y buena parte de su Ejército, amén de verse obligada a asumir los enormes costes materiales e incluso *morales* (culpabilidad de la guerra) del conflicto.

Pero si Alemania fue la derrotada dentro del bando de los perdedores de la guerra, Italia lo fue dentro del bando de los ganadores. Si bien en un primer momento el

¹ «El mundo en los años anteriores a 1914 era, en comparación con el mundo posterior a 1918 –desgarrado por conflictos sangrientos, odios políticos, guerras civiles, convulsiones revolucionarias y contrarrevoluciones–, un oasis de paz. En ningún país de Europa Central y Occidental estaban amenazados seriamente la ley y el orden. La prosperidad y el progreso económico era[n] la norma. (...) [En los países europeos] la seguridad del orden vigente, el sistema económico y social y la prosperidad de las clases medias, era algo que parecía establecido para siempre. La expansión colonial y el reparto de otros continentes contribuían a ello, a pesar de los conflictos que esto originaba. Los crecientes gastos en armamentos –fatales, visto en retrospectiva– creaban nuevos empleos y daban pingües beneficios. Si en el horizonte europeo había nubes, éstas no parecían muy amenazadoras». (Carsten, Francis L., *La ascensión del fascismo* (1967), traducción de Javier González Pueyo, Seix Barral, Barcelona, 1971, pp. 10-11.)

² Visión característica, por ejemplo, de Herbert Spencer: que en su artículo «El nuevo conservadurismo» distingue «dos tipos opuestos de organización social, susceptibles de ser distinguidos, en términos generales, como el militar y el industrial. Se caracterizan, el uno por el régimen de Estado, casi universal en los tiempos antiguos, y el otro por el régimen de contrato, que ha llegado a ser general en la actualidad (...). [P]odrán definirse como el sistema de la cooperación obligatoria y el sistema de la cooperación voluntaria [respectivamente]». (Spencer, Herbert, *El hombre contra el Estado* (1884), traducción de Luis Rodríguez Aranda, Aguilar, Buenos Aires, 1963, p. 23.)

país transalpino había formado parte de la Triple Alianza junto con Alemania y Austria-Hungría, las desavenencias históricas que mantenía con esta última, sumadas a determinadas reticencias vernáculas, lo mantuvieron ajeno al enfrentamiento hasta la firma en 1915 del Tratado de Londres, por el que los aliados prometían a Italia la futura anexión de los territorios habitados por italianos del Imperio Austro-Húngaro, así como parte de la costa dálmata. Estas ofertas convencieron al Gobierno italiano de entrar en la guerra del lado aliado. Al término del conflicto, sin embargo, las nuevas naciones surgidas sobre las ruinas de Austria-Hungría no estuvieron dispuestas a cumplir con las concesiones prometidas a Italia. En una suerte de paralelismo inverso respecto a lo sucedido en Alemania, donde la derrota fue achacada a la «*Dolchstoßlegende*» o «leyenda de la puñalada por la espalda», los italianos calificaron su victoria de «*Vittoria Mutilata*», ya que el país había ganado la guerra, pero apenas había sido recompensado con ello. Peor aún: había sido ninguneado y ridiculizado internacionalmente, con la consecuente caída de su prestigio y la inevitable afrenta al orgullo nacional, políticamente traducida en una creciente desafección hacia la democracia liberal.

Con la excepción Rusia, en ningún lugar como en Italia y Alemania se hicieron sentir tanto ni, sobre todo, cristalizaron de forma tan novedosa las consecuencias de la guerra, al menos en términos ideológico-políticos. La Italia triunfante pero «engañada» por sus teóricos aliados, al igual que la Alemania vencida y «humillada» por sus enemigos, constituían, a finales de la década de 1910, el caldo de cultivo perfecto para la conciliación, hasta entonces inconcebible por razón de incompatibilidad intrínseca, de los dos grandes credos del siglo: socialismo y nacionalismo. O lo que es lo mismo, del *fascismo*³.

El fascismo

Georges Valois definía el fascismo como el resultado de la combinación de otras dos ideologías históricamente anteriores a la propiamente fascista: nacionalismo y socialismo. La «ecuación fascista» es más compleja, pero el de Valois no es un mal resumen. Tampoco es casual viniendo de un francés. Al contrario de lo que pudiera

³ En consonancia con la mayoría de los historiadores y especialistas, aquí utilizaremos el término «fascismo», con minúscula, para referirnos a la ideología fascista. Para referirnos específicamente al régimen fascista italiano, que es al que nos remitiremos por defecto en este apartado en su condición de iniciador y creador de un modelo y paradigma internacionalmente exportable (con mayor o menor fidelidad al original), optaremos por «Fascismo», con mayúscula.

considerarse como el lugar común, las bases ideológicas del fascismo, entendidas como esa conjugación sincrética entre socialismo y nacionalismo, estaban dadas ya con anterioridad al inicio de la Gran Guerra. En particular, fue en Francia donde, soreliano mediante, se colocaron los «polvos» ideológicos de los que posteriormente resultarían los «lodos» fascistas:

Todos los componentes esenciales del pensamiento fascista maduraron antes de la explosión de agosto de 1914. Todo lo realmente importante en esta síntesis de nacionalismo integral y de socialismo posmarxista (...) se elaboró antes de que se disparara el primer cañonazo. Efectivamente, mucho antes de la guerra, los sorelianos habían acabado de forjar esta nueva concepción de la revolución (...) antiliberal y antimarxista, una revolución cuyas tropas no proceden de una sino de todas las clases sociales, una revolución moral, intelectual y política, una revolución nacional. Esta convergencia de los rebeldes del sindicalismo revolucionario y del nacionalismo no rebasa, en la Francia de 1914-1918, la fase de una síntesis intelectual, pero, al otro lado de los Alpes, en la atmósfera de penuria que prevalece tras la firma del armisticio, esta síntesis está en trance de convertirse en la gran fuerza revolucionaria del momento.⁴

No ha de extrañar, pues, que fuese un francés como Valois quien definiese tan sucinta y elocuentemente la «fórmula fascista». Máxime teniendo en cuenta que Francia, país en primera fila de la industrialización europea, adolecía de una «cuestión social» marcada y profunda cuya solución no podía pasar, a ojos de muchos, por una mera propuesta de reforma puntual del capitalismo, sino por una auténtica revolución. Pero no una revolución marxista, puesto que ello supondría, más que el abandono de la otra cuestión de la época, la «cuestión nacional», su completa desaparición. Ahora bien, dado que la concepción en boga de la nación a comienzos del siglo XX contempla a esta como un ente o todo de naturaleza orgánica en el que cada individuo juega un papel clave en tanto célula del organismo, un nacionalismo coherente llevado hasta sus últimas consecuencias no puede desentenderse de la cuestión social, porque afecta a buena parte, cuando no la mayor, de sus propios miembros constituyentes, condición de posibilidad de la vida de la propia nación. Así, de llegar una revolución, esta habría de

⁴ Sternhell, Zeev, Sznajder, Mario y Asheri, Maia, *El nacimiento de la ideología fascista* (1989), traducción de Octavi Pellisa, Siglo XXI de España Editores, Madrid, 2016, pp. 193-194. También Payne coincide en la naturaleza «made in France» del caldo de cultivo fascista: «Un tipo algo más coherente de radicalismo nacionalista fue el nuevo concepto del «nacionalsocialismo», que también apareció en Francia antes que en ninguna otra parte». (Payne, Stanley G., *El fascismo* (1980), traducción de Fernando Santos Fontela, Alianza Editorial, Madrid, 2009, p. 43.)

hacerlo para resolver ambas cuestiones, nacional y social, aunando respectivamente bajo la hoja de ruta de un proyecto global y común, de alcance total(izante) para todo y para todos, pasado y futuro, patria y justicia social, nacionalismo y socialismo. Auguste-Maurice Barrès, fallecido tan solo un año después de la Marcha sobre Roma, brinda un ejemplo perfecto de estas aspiraciones francesas, pero también europeas:

Puesto que la multitud es la verdadera encarnación de la nación y el objetivo principal de la política consiste en garantizar su integridad y su autoridad, el nacionalismo no puede aceptar que quede sin solución la cuestión social. Barrès (...) fue uno de los primeros en comprender que un movimiento «nacional» no puede serlo si no garantiza la integración de las capas sociales más desheredadas de la colectividad. Pero, al propio tiempo, comprendió también que un movimiento «nacional» no puede ser ni marxista, ni liberal, ni proletario, ni burgués. Marxismo y liberalismo siempre son movimientos de guerra civil: guerra de clases o guerra de todos contra todos en una sociedad individualista, no son sino dos aspectos de un mismo mal. *Así aparece en Francia, a finales del siglo XIX, una nueva síntesis, la del socialismo nacional, primera forma del fascismo.* (...) La idea de socialismo nacional se extiende rápidamente por toda Europa. Responde a un problema de civilización que genera, en la segunda mitad del siglo XIX, el ascenso del proletariado y la revolución industrial. Enseguida, en muchas partes, algunos teóricos sostienen que la cuestión social solo puede encontrar una respuesta más allá del capitalismo salvaje o del socialismo de la lucha de clases. (...) [L]a supervivencia de la nación exige la paz entre el proletariado y el conjunto del cuerpo social (...).⁵

Tampoco debe sorprender que no fuese hasta el final de la guerra, y concretamente en Italia y Alemania, donde aquellas aspiraciones encontraran su materialización. En el caso de Italia, el fascismo fue posible porque se conjugaron dos factores fundamentales para su germinación: de un lado, el nacionalismo autóctono; de otro, el sorelianismo francés, heredado, (re)interpretado y exprimido por los sindicalistas revolucionarios italianos. Conocer las teorizaciones propias de uno y otro lado es crucial para comprender por qué el fascismo, como ideología, nació en Italia antes que en cualquier otro lugar.

Sin pretender entrar en detalles, podemos decir que el nacionalismo italiano que desembocará en el fascismo entronca directamente con la tradición del *Risorgimento*, el proceso de unificación de Italia llevado a cabo a lo largo del siglo XIX y que tuvo como principales artífices al Conde de Cavour, Giuseppe Garibaldi, Giuseppe Mazzini y

⁵ *El nacimiento de la ideología fascista*, pp. 11-13. La cursiva es añadida.

Víctor Manuel II. Este proceso, aparentemente culminado en 1861 con la proclamación oficial del Reino de Italia en 1861 y la posterior incorporación de Roma al mismo en 1870 (dejando pendiente la «Cuestión Romana», que no se resolverá hasta la firma de los Pactos de Letrán en 1929), dejó a los nacionalistas italianos más intransigentes defraudados. Como resultado del carácter religioso y casi místico que algunos de los unificadores -con especial atención a Mazzini⁶- le habían dado al proceso, estos nacionalistas recalcitrantes consideraban que no bastaba con unificar todo el territorio italiano; además, había que «unificar» a los italianos mismos, proporcionándoles una cultura y una moralidad compartidas que los hiciesen partícipes del proyecto común consistente en la construcción de la patria italiana:

Con la creación del estado nacional, la meta más alta que se fijaron los patriotas italianos del *Risorgimento* fue la renovación civil y moral de los italianos. Querían transformar a poblaciones divididas políticamente desde la caída del Imperio romano, profundamente distintas en cuanto a historia, tradiciones, cultura y condiciones sociales, en un pueblo de ciudadanos libres, educándolo en la fe y el culto a la “religión de la patria”. (...) Varios son los elementos surgidos de esa búsqueda que llegaron a formar parte del patrimonio de mitos político-religiosos de la cultura italiana, en los que a lo largo del tiempo abrevaron los sucesivos intentos de elaboración de una religión nacional. (...) Los jacobinos italianos creían en el mito de la revolución como *regeneración moral* y consideraban inescindible el nexo entre revolución política, revolución social y transformación religiosa. (...) El movimiento político-religioso de los jacobinos italianos no tuvo éxito, pero el mito revolucionario de la política como *regeneración moral*, confiada a la acción pedagógica del estado y al culto de una religión patriótica, echó raíces en la cultura política; (...) el fascismo (...) retomó el mito de la regeneración moral, pero cortó su vínculo con la idea de igualdad y libertad, insertándolo en el nuevo mito del estado totalitario.⁷

⁶ «Los primeros elementos para edificar una religión nacional procedían del jacobinismo, de la masonería y de otras sectas secretas. Pero fue Mazzini quien con su concepción religiosa de la política, entendida como deber y misión, dio el componente principal. Su ideal de república era una teocracia democrática fundada en una visión mística y religiosa de la nación y de la libertad. Mazzini, tras la unificación monárquica, condenó al Estado liberal porque no había llevado a cabo la unidad moral de los italianos educándolos en la fe común en la religión de la patria. El mito del *Risorgimento* como «revolución nacional incompleta», nació de la oposición del radicalismo *mazziniano* al Estado liberal, porque la unidad y la independencia no habían sido obra del pueblo regenerado por la fe en la religión de la patria». (Gentile, Emilio, *Fascismo. Historia e interpretación* (2002), traducción de Carmen Domínguez Gutiérrez, Alianza Editorial, Madrid, 2004, p. 226. En cursiva en el original.)

⁷ Gentile, Emilio, *El culto del Littorio. La sacralización de la política en la Italia fascista* (1993), traducción de Luciano Padilla López, Siglo XXI, Buenos Aires, 2007, pp. 17, 19-20. En cursiva en el original.

Cuando estalló la guerra, los nacionalistas vieron en ella la ocasión perfecta para llevar a cabo esa «regeneración moral» de los italianos, hermanándolos bajo un mismo proyecto e idéntica bandera. A pesar de las reticencias iniciales del Gobierno, vieron colmados sus deseos con la entrada, en 1915, de Italia en el bando aliado. Pero se trató de un espejismo. Al cese de las hostilidades, no obstante la victoria, el «engaño» del que los italianos habían sido objeto por parte de sus presuntos aliados y el descrédito adquirido por el Gobierno de Vittorio Emanuele Orlando despertó en ellos una sensación de «mutilación» dolorosamente familiar. Veían en el malogro que dicha victoria había supuesto una continuación del mismo truncamiento anterior que la guerra debería haber resuelto, vale decir, el truncamiento del propio *Risorgimento*, que perpetuaba así su condición de «*rivoluzione mancata*» o incompleta.

La unificación del Estado se había logrado, mas se limitaba al aspecto exterior de la estructura nacional; todavía faltaba, en la Italia unida, el espíritu ideal, el sentimiento, el alma nacional. De ahí la necesidad de una reforma moral que, con el estallido de la Primera Guerra Mundial, se convirtió en un compromiso en favor del conflicto; participar en un evento bélico de tal entidad hubiera significado la creación de una conciencia nacional auténtica en todos los italianos, demostrando que la unidad del país ya no era el fruto del pensamiento y la acción de unos pocos hombres que habían preconizado la revolución nacional sino que, en efecto, había penetrado en los corazones de los italianos. La crisis económica y moral de la posguerra, sin embargo, parecía haber frustrado los efectos ideales de la victoria (...). En este contexto, [Giovanni] Gentile reconoció en Mussolini la voz de aquellos italianos que mantenían la fe en la guerra y en la victoria y con los cuales hubiera sido posible poner en práctica la reforma político-religiosa, que para él representaba la realización plena de los ideales del *Risorgimento*.⁸

La herida cultural-moral provocada por el no-cierre del *Risorgimento* decimonónico no era la única abierta en Italia. A comienzos del siglo XX, la brecha socioeconómica se hallaba en plena fase de expansión, y la conjugación francesa de nacionalismo y socialismo ya mencionada comenzaba a permear entre los intelectuales italianos que formaban parte del grupo nacionalista disconforme con el desarrollo del resurgimiento. Estas influencias cuajaron en el pensamiento del periodista, dramaturgo y escritor Enrico Corradini, fundador de la *Associazione Nazionale Italiana* o Asociación

⁸ Campione, Roger, «Fascismo y filosofía del derecho», en *Revista de Estudios Políticos* (Nueva Época), núm. 103, enero-marzo 1999, p. 305. En cursiva en el original. Artículo disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/download/articulo/27537.pdf> La adhesión de Gentile al movimiento de Mussolini en tanto representante de la culminación de los ideales *risorgimentistas* no fue un caso aislado ni entre la intelectualidad italiana ni entre la población en general.

Nacionalista Italiana (ANI) en 1910. Sobre base soreliana (marxista revisionista), Corradini coincide con Marx en que la evolución del capitalismo ha dicotomizado las sociedades de los países occidentales en torno a dos polos –burguesía y proletariado– claramente diferenciados, pero, en su opinión, esta polarización ha dado un paso más allá y ya no se limita al cerco interno de los Estados, sino que trasciende a estos y eleva la dualidad al nivel internacional:

Hay naciones que están en condiciones de inferioridad respecto a otras; del mismo modo que hay clases que están en condiciones de inferioridad respecto a otras clases. Italia es una nación proletaria. La emigración es una prueba suficiente de ello. Italia es el proletariado del mundo.⁹

Del mismo modo que en el seno de cada nación industrializada existe una clase de poseedores y otra de desposeídos, también en el concierto general de las naciones estaría presente esa división, que se manifestaría en la agrupación, por un lado, de las naciones industriales o burguesas, y, por otro, de las naciones proletarias. A juicio de Corradini, esta disposición ulterior del capitalismo no puede sino alterar radicalmente la forma de entender, abordar y resolver el conflicto de clases dentro de la nación, puesto que la única manera de lograrlo es extinguiendo el exterior. Dicho de otro modo: la única solución posible a la lucha de clases interna de cada nación proletaria es su autorreconocimiento como tal y su subsiguiente unión en pro del ascenso de su condición externa:

[E]l primer ideólogo que hace una formulación explícita de la lucha de clases como «lucha de clases de pueblos» o naciones es el italiano Corradini. (...) En su libro *Il volere d'Italia* escribe al respecto: «Del mismo modo que dentro de los límites de cada Estado se ha formado un conjunto de clases dominantes y clases dominadas, asimismo en las relaciones internacionales existen Estados más fuertes y Estados más débiles: Estados burgueses y Estados proletarios.» (...) Corradini era nacionalista y no humanista. Se proponía salvar a Italia y a los italianos específicamente y no al Mundo y a los hombres, genéricamente. De ahí que no tratase de predicar un socialismo de las naciones, sino un nacionalismo italiano en el que pudieran comprometerse las clases proletarias. Se trataba no de acabar con la oligarquía de las naciones poderosas para establecer la igualdad y la fraternidad entre todos los pueblos del mundo, sino simplemente de que Italia pasase de

⁹ «Nazionalismo e sindacalismo», *La Lupa*, 16 de octubre de 1910, p. 2. Citado en *El nacimiento de la ideología fascista*, p. 246.

ser una nación paria dominada a ser una nación oligárquica o dominadora y había que decirle a la clase obrera italiana que ése era el único camino por el que podía alcanzar antes, y a plena satisfacción, la totalidad de sus reivindicaciones. En definitiva, se trataba de integrar en el nacionalismo la dinámica poderosa del socialismo.¹⁰

Solo mediante la combinación de todas las fuerzas y energías de una nación será capaz esta de abandonar su condición proletaria para ingresar en el grupo de las naciones industriales, punteras y prósperas. Y esa será precisamente la conclusión a la que lleguen los fascistas, así como el discurso que adopte el fascismo como *leitmotiv* de su persecución incansable de la unidad nacional y de la colaboración interclasista en pos de un objetivo común mayor que el que cualquiera de las clases o actores sociales pudiera pretender por sí solo¹¹. Pero esta conclusión, lejos de quedarse en una simple conclusión, pronto se convirtió también en una premisa cuyas mayores implicaciones obtendrá el ala más a la izquierda del socialismo italiano: los sindicalistas revolucionarios.

Entrado ya el siglo XX, las profecías de Marx no tenían visos de cumplirse. El capitalismo seguía a pleno rendimiento, la clase obrera no parecía tener vocación internacionalista alguna, como quedó claro durante la Primera Guerra Mundial y la burguesía se había mostrado más que dispuesta a comprar la estabilidad, la armonía y la seguridad sociales a cualquier precio, tolerando incluso los entendimientos con partidos socialistas cuyo socialismo se iba normalizando al afianzar parlamentariamente sus versiones democráticas y reformistas en detrimento de las radicales, intransigentes y revolucionarias.

[H]e aquí que Marx no había previsto esta situación nueva que acaba de crearse, no había podido imaginar una burguesía que rehuiría el combate, que tendería a atenuar su fuerza,

¹⁰ *Falange y socialismo*, p. 142. La cita entrecomillada de Corradini proviene de *Los orígenes del fascismo*, de Robert Paris.

¹¹ «La propuesta del fascismo italiano al proletariado, y a los sectores de la clase media baja, fue simple y, en principio, convincente: la razón de vuestra miseria y de vuestra hambre no reside dentro de Italia, sino fuera; es una consecuencia de la explotación de la proletaria nación italiana por las poderosas naciones oligárquicas. La lucha de vuestra liberación no es la lucha social en el marco interno de la pobreza nacional italiana sino la lucha internacional, en cuyo ámbito Italia ha de pasar de ser una nación oprimida y explotada a ser una nación libre e imperial como la que más. Resuelta la contradicción interés nacional italiano-interés social proletario (...), el resto lo hizo, en el movimiento de adhesión popular, el fresco sentimiento patriótico desarrollado en la indicada reciente larga lucha por la independencia y por la unidad». (Cantarero del Castillo, Manuel, *Falange y socialismo*, DOPESA, Barcelona, 1973, p. 144.) Lenin echará mano, con anterioridad al fascismo, de un argumentario similar, solo que evidentemente desprovisto del mensaje de reconciliación y coordinación clasista total, para justificar, primero, la posibilidad de establecer el comunismo en la atrasada Rusia, y segundo, la colaboración entre obreros y campesinos como *conditio sine qua non* de la superación de ese atraso.

que compraría a cualquier precio la paz social. No había tampoco predicho que el capitalismo, que había modernizado el mundo con una rapidez sin precedentes, no completaría su función social y no crearía ese proletariado unido, organizado, consciente de su fuerza y de su misión. Marx no podía prever que la modernización obtendría resultados completamente extraordinarios en lo tecnológico, pero absolutamente desastrosos en lo social, moral y político. Marx no podía anticipar ni la decadencia burguesa, ni la decadencia proletaria. No podía concebir que los partidos socialistas, esos partidos proletarios, antaño conscientes de su misión, llegarían a convertirse en instrumentos de la colaboración de clases y fabricarían el socialismo democrático. Marx no podía imaginar que para salvar al proletariado, y, con él, a la civilización, sería necesario crearlo todo artificialmente: conciencia de clase, voluntad de lucha, polarización social. No pudo imaginarse una situación en la que, para impedir que la civilización se sumiera en la decadencia, había de ser necesario devolver a la burguesía sus apetitos y al proletariado su ardor. Marx no pudo vislumbrar una coyuntura en la que la organización sindical oficial llegaría a convertirse en «una variedad de la política, en un modo de medrar», como tampoco pudo concebir una situación en la que «el gobierno republicano y los filántropos han encabezado la tarea de exterminar el socialismo desarrollando la legislación social y moderando las resistencias patronales en las huelgas».¹²

Sobre la base de estas constataciones y de las del propio Marx¹³, ciertos pensadores dedujeron que la única vía posible para la extinción del modo de producción capitalista pasaba por «crearlo todo artificialmente», es decir, por exacerbar el conflicto social. Si lo que desencadenaría el colapso del sistema sería su polarización máxima, lo que desencadenaría el desencadenamiento sería el fomento de esa misma polarización. Así lo entendieron los sindicalistas revolucionarios deudores de Sorel. Si eran las contradicciones internas del capitalismo lo que acabaría por corroerlo y arruinarlo y era precisamente su corrosión y su ruina lo que se buscaba, la solución resultaba evidente: había que estimular esas contradicciones *ad nauseam* para llevarlas al paroxismo. Y la

¹² *El nacimiento de la ideología fascista*, pp. 94-95. Las citas entrecomilladas proceden de *Reflexiones sobre la violencia*, de Sorel.

¹³ Quien «[e]n 1848, en los mismos días en los que facturaba el *Manifiesto comunista* (...) pronunciaba un discurso ante la Sociedad Democrática de Bruselas –incluido años más tarde en la *Miseria de la filosofía*–, y remataba su[s] palabras con un resumen periodístico de su convicción de que el desarrollo de las fuerzas productivas arrasaría con ese pasado «que hay que hacer añicos». Para citar de nuevo el famoso discurso: «El sistema proteccionista es en nuestros días conservador, mientras que el sistema de libre cambio es destructor. Este corroe las viejas nacionalidades y lleva al extremo el antagonismo entre la burguesía y el proletariado». En corto: el capitalismo contribuía a reforzar, en la mejor dirección, varias líneas programáticas irrenunciables para los socialistas. Y estas líneas, de alguna manera, favorecían la realización de la razón en el mundo, para decirlo *à la* Hegel». (Ovejero Lucas, Félix, *La deriva reaccionaria de la izquierda*, Página Indómita, Barcelona, 2018, p. 37.)

única forma de lograrlo era, paradójicamente, estimulando al propio capitalismo. Apostando no por el mercado libre, sino por el mercado *libérrimo*, cuyo salvajismo feroz incrementaría exponencialmente las desigualdades y las injusticias sociales hasta un punto de no retorno que resucitase el decaído y titubeante ardor combativo y la capacidad revolucionaria del proletariado y lo conminase de manera definitiva a asaltar el poder. Esta idea, sumada a la importancia de las teorizaciones nacionalistas y el reconocimiento de la ingente potencia y funcionalidad del propio nacionalismo como motor aglutinador, homogeneizador y galvanizador de las masas¹⁴, sentó las bases para la revisión del marxismo realizada por los sindicalistas revolucionarios italianos, que mediante una serie de inverosímiles combinaciones ideológicas confeccionaron un tipo de marxismo antimarxista, antimaterialista y, en ciertos aspectos, antirracionalista o, mejor dicho, idealista y voluntarista. Completada la síntesis nacionalista y sindicalista (vale decir, socialista radical), ya no se trataba simplemente de promover la modernización de los países industrialmente atrasados con el fin de colocarlos en la vanguardia de las naciones –como pretendían los nacionalistas-, ni tampoco con el de tornar más próxima y factible la revolución. Se trataba de las dos cosas al mismo

¹⁴ Percepción que no se les escapará a los fascistas: «Para los teóricos fascistas, dadas las exigencias económicas y estratégicas del mundo moderno, la nación se había convertido en el vehículo más eficaz para la competición en grupo y para la supervivencia. Siempre sostuvieron que Marx y los marxistas jamás habían comprendido la fuerza del nacionalismo contemporáneo, porque no supieron ver ni su origen en la historia de la humanidad, ni sus funciones en el mundo moderno. El resultado fue que los marxistas siempre subestimaron las raíces psicológicas del sentimiento nacional y, por consiguiente, no supieron apreciar ni la efectividad de la identificación de grupo, ni la utilidad de símbolos nacionales en la movilización de las masas al servicio de una empresa colectiva. Los fascistas sostenían que si el nacionalismo era la expresión de una identificación afirmativa con una comunidad que compartía intereses similares, en un ambiente de intensa competición, entonces el internacionalismo era una ficción doctrinal, útil solamente para los intereses políticos de nacionales «estatales», aquellas comunidades que exportaban las comodidades «plutocráticas» -y capital- que procuraban asegurar su acceso libre a los recursos del mercado y a salidas de inversión en las regiones menos desarrolladas del mundo. El internacionalismo fue el pretexto para el imperialismo económico. (...) Los fascistas consideraban que había muy poca consistencia en el internacionalismo del marxismo-leninismo. No existía prueba alguna de que «las masas proletarias» se identificasen con expresión alguna de internacionalismo. La Gran Guerra había demostrado que los seres humanos se identifican con comunidades de ámbito limitado y que el internacionalismo es un sueño hueco. Los fascistas argumentaban que el internacionalismo no estaba al servicio de propósitos revolucionarios, sino de los conservadores, en el mundo del siglo XX. Las naciones industriales que explotaban las economías menos desarrolladas de su periferia eran los conservadores defensores de la estabilidad y la paz internacionales. El internacionalismo solamente podía hacer un flaco favor a las «naciones proletarias», aquellas asediadas por limitaciones económicas y pobreza en general. El internacionalismo era producto del capitalismo tardío, al servicio de los intereses del «mercado libre» del imperialismo, y diseñado para desarmar la resistencia de los pobres. La noción de que las naciones del mundo moderno que sufrían un retraso económico podrían ser rescatadas por algún tipo de revolución proletaria internacional era, en el mejor de los supuestos, engañosa. Era mucho más probable que cualquier compromiso con el internacionalismo convirtiese a las naciones económicamente retrasadas en víctimas de la explotación –en un estado de dependencia perpetua y de desarrollo sin escapatoria-». (Gregor, Anthony, *Los rostros de Jano. Marxismo y fascismo en el siglo XX* (2000), traducción de Pilar Placer Perogordo, Biblioteca Nueva, Universidad de Valencia, Valencia, 2002, pp. 209-210.)

tiempo: revolución sí, pero nacional(ista). La fusión de ambas corrientes y enfoques proporcionó a todos estos teóricos, nacionalistas y sindicalistas revolucionarios por igual, un nuevo y compartido horizonte de posibilidades dentro del marco del Estado-nación, cuya modernización y prosperidad pasaron a ser vistas como fines en sí mismos antes que como simples instrumentos al servicio de la revolución proletaria internacional. A través de esta primera confluencia «natural» entre nacionalistas y sindicalistas revolucionarios dio comienzo un proceso de reconversión de sí mismos, pronto devenidos *nacionalsindicalistas* y, a la postre, fascistas. Pero para dar estos dos últimos pasos aún debían agregarse un par de factores más: las lecciones de la Revolución Rusa y el retorno de los combatientes.

La toma del poder por parte de los bolcheviques supuso el inicio de un periodo de inenarrable expectación. Marxistas y antimarxistas aguardaban con esperanza o terror, según casos, la cosecha tras la siembra del bolchevismo ruso. Y la conclusión no pudo ser más decepcionante para los primeros y tranquilizadora para los segundos: Rusia se hundía. El bolchevismo fracasaba. Peor: el capitalismo parecía insustituible. Los sindicalistas revolucionarios creyeron encontrar ahí, en la decepción bolchevique, la confirmación de sus hipótesis. El capitalismo, lejos de fenecer, permanecía incólume, y demostraba suficiente astucia y flexibilidad como para resistir los embates de todo un *corpus* «científico» como el marxista. Allí donde este se había puesto en práctica, había arrojado un palmario fracaso. No había alternativa posible al sistema económico capitalista. No si lo que se pretendía era mantener sus pingües beneficios y su inigualable capacidad para crear riqueza. Lo más que se podría hacer sería reformarlo con el fin de paliar sus perjuicios, pero entonces había que contar con algún instrumento que pudiese ejercer esa función de dirección, corrección, reforma y contrarresto: *el Estado*. El mismo Estado que los nacionalistas loaban como medio efectivo de mantenimiento, conservación y engrandecimiento de la nación pasaba ahora a ser venerado también por los sindicalistas revolucionarios, que tan pronto como corroboran en base a la experiencia rusa la verosimilitud de sus propios planteamientos marxistas revisionistas (hasta trocarse antimarxistas) asumen que no hay alternativa al capitalismo, y lo que es más, que no tiene por qué haberla, ya que *a priori* bastaría con reformularlo en clave puramente *productivista* para lograrlo todo, desde la generación de riqueza hasta la resolución de la cuestión social, pasando, incluso, por la consecución del socialismo (interclasista), que no del marxismo (clasista). El productivismo se convierte en el sistema económico modelo, en el paradigma a implantar. Si de lo que se

trata es de sacar adelante la nación al completo y el medio para lograrlo es el incremento constante de la producción, de nada sirve incentivar la rivalidad entre las clases existentes dentro del Estado. Al contrario, lo que hay que hacer es limarla, difuminarla, diluirla, subsumirla por completo bajo el ideal de la nación fuerte y, como condición de posibilidad de dicha fuerza, unida. La producción implica a *todos* los miembros de la nación, y en este sentido repugna toda división social del tipo burgueses-proletarios o poseedores-desposeídos. En tanto *todos* pueden aportar algo, *todos* pueden ser productores y partícipes del bien común: el engrandecimiento de la nación.

Los nacionalsindicalistas sostuvieron que Italia, como nación «proletaria», con una población que excedía la capacidad de su territorio, sin materia prima y escasa de capital, jamás escaparía de la trampa de la pobreza colectiva y de su desamparo en el mundo moderno, *a no ser que la revolución política y social uniese a todo el pueblo en una disciplinada empresa nacional de producción sistemática*, ampliada y cada vez más sofisticada. Tal programa necesitaría un sacrificado programa de frugalidad patrocinado por el Estado, trabajo intenso y empresa colectiva en el esfuerzo por crear una «Italia Más Grande». Los incentivos materiales eran útiles, pero la máxima energía tenía que salir del entusiasmo de las masas, movilizadas para el propósito nacional por convencimiento «heroico». (...) Los intelectuales fascistas [basándose en el diagnóstico sindicalista revolucionario/nacionalsindicalista] sostenían que los fracasos de los bolcheviques en Rusia fueron lecciones que confirmaban la necesidad de una economía de mercado basada en la propiedad privada, la existencia de un Estado con base jerárquica y un programa de movilización de masas en una empresa de regeneración nacional.¹⁵

En un Estado o una nación concebidos como una comunidad de productores o, como dirán más adelante los falangistas españoles, «como un gigantesco sindicato de productores»¹⁶, la única escisión tolerable se da entre quienes producen y quienes no, entre productores propiamente dichos y *parásitos* sociales que no solo no contribuyen al bienestar general, sino que se aprovechan de él, lo que hace aconsejable –y *legítima*– su «extirpación» a mayor gloria de la nación y, de paso, del bien común.

Cuando [Antonio] Labriola presenta el ideal sindicalista revolucionario de una sociedad de productores libres, describe las relaciones consensuales surgidas de la voluntad de *todos* los productores. Labriola habla de productores, *no* de proletariado. Distanciándose

¹⁵ *Los rostros de Jano*, pp. 203-204.

¹⁶ Punto noveno del Programa de Falange Española de las JONS (1934).

de la conceptualización y de la terminología marxistas, la categoría «productores» indica un tipo de organización corporativista que se halla, justo después de la guerra, en los escritos políticos de Lanzillo, Panunzio y De Ambris. En definitiva, los productores deben agruparse en corporaciones cuyos miembros están unidos por una comunidad de intereses socio-económicos. Cabe la posibilidad de que los intereses de una corporación sean antagónicos con los de una u otra corporación. Es evidente que este esquema es la antítesis del marxismo, en la medida que su criterio fundamental no es la relación entre el trabajador y los *medios* de producción –de la que resulta la propiedad y la explotación del trabajo por el capitalista-, sino la relación entre los trabajadores y el *proceso* de producción. En consecuencia, la clase-categoría de los productores, en el futuro podrá incluir a *todos* los actores del *proceso* de producción, o sea, a los obreros, técnicos, administradores, gestores, directores y también a los industriales capitalistas. Los sindicalistas revolucionarios contraponen a esos productores una clase-categoría *parasitaria*, integrada por todos cuantos no contribuyen al proceso de producción. De este modo, se sustituye el modelo marxista de la lucha de clases por el de una corporación que se constituye desde abajo, compuesta primeramente por proletarios y algunos otros productores, más tarde por todos los productores. Para los sindicalistas revolucionarios, este modelo refleja pura y simplemente la realidad, pero, por encima de todo, posee la insigne ventaja de proponer una solución integrada del problema social y del problema nacional. El fascismo de los años 1919 y 1920 procede de esta evolución ideológica.¹⁷

Culmina así la (re)interpretación del marxismo clásico llevada a cabo por los sindicalistas. La adición del factor nacionalista bastó para desvirtuar aquel y reciclarlo de arriba abajo, remozándolo en una nueva forma que, no obstante su parentesco directo, poco tendrá que ver con la original. Asimismo, reconfigurado en dicha clave nacionalista, apenas es cuestión de dar un paso más allá para llegar al fascismo por medio de la sustitución del campo de batalla (del mundo al Estado-nación), de sus contendientes (de la burguesía y el proletariado a los productores y los «parásitos») y de sus relaciones mutuas (de la lucha de clases a la colaboración interclasista).

Socialismo más nacionalismo, igual a fascismo. Esta es la ecuación a la que llegaron los sindicalistas revolucionarios como su particular punto de no retorno. Es la clave, el punto de partida. A partir de su formulación dejaron de ser socialistas para convertirse en otra cosa, en algo que derivará en lo que tradicionalmente hemos considerado fascismo. Semejante definición, claro está, tendrá un ejército de indignados detractores: hoy en día a uno se le ocurren muchos ejemplos de movimientos que fusionan socialismo y nacionalismo y no por ello son fascistas. Sin embargo la Historia es obstinada, y *no es*

¹⁷ *El nacimiento de la ideología fascista*, p. 216. En cursiva en el original.

casual que el nacionalsocialismo o el nacionalsindicalismo se llamen precisamente así. No es posible definir al fascismo como un movimiento socialista. No lo es. Aunque llegado el caso podría serlo, y de hecho existen y han existido movimientos fascistas con un claro componente social e incluso comunista. La diferencia estriba en que, al contrario que el marxismo, realizan una lectura nacionalista de manera que sustituyen la lucha de clases –elemento de disgregación nacional- por la nación como aglutinante de la sociedad. En este sentido, *resulta muy importante saber diferenciar los planteamientos puramente fascistas de los argüidos por la derecha autoritaria radical, antisistema los primeros y conservadores los segundos.*¹⁸

Cuando acaba la guerra y los aliados ningunean a Italia, los combatientes que habían retornado del campo de batalla se sintieron despreciados. Italia, y bajo su bandera ellos, habían luchado para nada, con pena y poca o ninguna gloria. Se sentían engañados y traicionados. No por su nación, sino por su Gobierno, culpable de haberse dejado engatusar por los aliados. Era cuestión de tiempo que los retornados comenzasen a conspirar políticamente con la intención de obtener el poder del que se creían merecedores¹⁹. Curtidos en el combate y aleccionados en la escuela de la guerra, lo único que les faltaba para albergar opciones reales de acceso al poder era un *corpus* ideológico que les permitiese adentrarse en el para ellos ignoto y, hasta entonces, odiado mundo de la política y lograr sus objetivos. Por su parte, nacionalistas y sindicalistas revolucionarios, a la sazón ya nacionalsindicalistas, también se sentían ávidos de acción. Consideraban que sus teorías eran válidas y funcionales, que la experiencia las había respaldado y que su éxito en el futuro estaba garantizado. Solo necesitaban lo mismo que los retornados: un medio de acceso al poder. Y dado que la teoría de nacionalista-socialista creada entre los nacionalistas y los sindicalistas revolucionarios se ajustaba a la perfección con la práctica nacionalista-socialista vivida por los combatientes en el frente²⁰, bastó con la aparición de la figura de Mussolini para que la confluencia y reunión entre unos y otros se produjese de forma casi natural.

¹⁸ Bolinaga, Íñigo, *Breve historia del fascismo* (2008), Ediciones Nowtilus, S.L., Madrid, 2013, pp. 37-38. La cursiva es añadida.

¹⁹ Así lo expresará uno de ellos, Mussolini, en mayo de 1918: «Nosotros los supervivientes, quienes hemos vuelto, exigimos el derecho de gobernar Italia...». (Citado en Carsten, Francis L., *La ascensión del fascismo* (1967), traducción de Javier González Pueyo, Editorial Seix Barral, Barcelona, 1971, p. 63.)

²⁰ «El fascismo heredó estas tradiciones [nacionalismo, neorromanticismo, vitalismo, antiliberalismo/antiparlamentarismo, activismo, etc.], pero *las fundió con los mitos, las experiencias y los estados de ánimo generados por la guerra*, produciendo una nueva síntesis que millones de hombres y mujeres consideraron aceptable para afrontar con entusiasmo los conflictos de la modernidad. El fascismo fue una forma nueva e inédita de nacionalismo revolucionario surgida después de la Gran Guerra que derivaba su identidad originaria no de una ideología preconstituida, sino de la «*experiencia vivida*» por la

Benito Amilcare Andrea Mussolini²¹ provenía de las filas del más furibundo y visceral socialismo italiano. Tan furibundo y tan visceral era su socialismo que, de hecho, llegó a ser expulsado del *Partito Socialista Italiano* (PSI), donde había protagonizado una carrera meteórica. A raíz de la división interna del partido en 1912 con motivo de la posible incorporación al gobierno de Giolitti y, sobre todo, de la anexión de Libia por parte de Italia, Mussolini, encabezando la facción de los socialistas «maximalistas», opuestos por principios a ambas cosas, consiguió la expulsión de los socialistas más moderados y proclives a la aceptación de la anexión. A partir de entonces, su poder e influencia sobre el partido no dejaron de aumentar, hasta el punto de que Lenin consideraba a Mussolini como la mayor esperanza del socialismo en el sur de Europa. Empero, la guerra mundial trastocó los planes de todos. Mussolini, que había sido el más vehemente pacifista y antimilitarista hasta entonces, comenzó la guerra secundando la neutralidad italiana y del PSI, pero no tardó en modificar su postura. Aparentemente, los motivos que lo llevaron a su cambio de postura se resumían en un fuerte sentimiento antiimperialista, y por tanto contrario a las Potencias Centrales (Alemania y Austria-Hungría), y en su visión de la guerra como oportunidad, pero no tanto para la unión cultural y moral nacional –pretensión de los nacionalistas- como para el advenimiento de la revolución social:

Antinacionalista, antimilitarista e internacionalista, cuando estalló el conflicto europeo, se declaró inmediatamente a favor de la neutralidad absoluta, pero pocos meses después, en el otoño de 1914, abogó por el intervencionismo defendiendo que la guerra era necesaria para combatir el militarismo y el autoritarismo de los Imperios centrales y para crear las condiciones para la revolución social. Mussolini se había hecho la ilusión de poder convencer a una gran parte del Partido Socialista de participar en la guerra, pero en realidad, sólo pocos socialistas lo siguieron cuando en noviembre dio vida a un periódico propio, *Il Popolo d'Italia*, para sostener la necesidad de la intervención italiana en la

guerra y por su mitificación como concreta realización mística de la comunidad nacional representada por la «camaradería del frente». El fascismo nació de la *voluntad de perpetuar la experiencia bélica* sublimada como una nueva e inédita forma de «misticismo nacionalista», *institucionalizándola a través de la militarización y la sacralización de la política*, por la creación de un nuevo Estado, obra de un movimiento político que reivindicaba únicamente para sí mismo, en tanto que encarnación viviente de la nación, el monopolio del poder para conducir a la colectividad nacional hacia nuevas conquistas y nueva grandeza». (*Fascismo. Historia e interpretación*, pp. 64-65. La cursiva es añadida.)

²¹ Llamado así por expreso deseo de su padre, Alessandro Mussolini, que en su condición de socialista confeso quiso honrar mediante su hijo a Benito Juárez (expresidente de Méjico), Amilcare Cipriani (patriota italiano y –a pesar de eso- anarquista) y Andrea Costa (primer diputado socialista elegido en la historia del Parlamento italiano).

guerra contra Austria. Por esta razón fue expulsado del partido y condenado como «traidor» por las masas socialistas.²²

Esta actitud lo condujo al ostracismo dentro de su propio partido, que decidió echarlo en 1914. Lejos de impelerlo a abandonar sus ideas socialistas, la expulsión simplemente le hizo recapacitar sobre la naturaleza de las mismas. Pronto se convenció de que, cegado por el credo socialista ortodoxo, no había sido capaz de tener la intuición suficiente para percatarse del valor de lo nacional en pro de lo revolucionario. Ahora, libre de ataduras partidistas, lo veía claro: ni el nacionalismo es enemigo del socialismo ni, por añadidura, uno y otro son incompatibles. Todo lo contrario:

En una primera fase, el planteamiento mussoliniano presenta el nacionalismo como un instrumento al servicio del socialismo: puesto que la solidaridad internacional de los trabajadores no puede ejercerse a causa de las rivalidades nacionales, puesto que la cuestión nacional bloquea las veleidades revolucionarias, la vía de la revolución social pasa por la solución de los problemas nacionales. La revolución sigue siendo el objetivo último, y Mussolini se esfuerza en demostrar que no hay ningún tipo de contradicción entre nacionalismo y socialismo. (...) La revolución que se avecina, de ahora en adelante, sólo podrá ser una revolución nacional y antimarxista; pero ello no implica, a su entender, que haya de ser una revolución burguesa.²³

Su participación en la guerra terminó de «nacionalizar» sus convicciones socialistas exactamente en la misma línea seguida tiempo antes por los nacionalistas e incluso por los sindicalistas:

La experiencia de la guerra, en la que participó entre 1915 y 1917 (...) fue definitiva para su conversión del socialismo marxista e internacionalista al nacionalismo ecléctico y revolucionario que afirmaba la supremacía de la nación sobre las clases, y combatía a los partidarios de una revolución socialista, sosteniendo la vitalidad del capitalismo productivo y la necesidad de la colaboración de las clases para incrementar la riqueza y la potencia de la nación.²⁴

Observamos, pues, cómo Mussolini conjugaba un discurso nacionalista calcado al del nacionalismo italiano con un proyecto socialista radical prácticamente idéntico al de los

²² *Fascismo. Historia e interpretación*, pp. 26-27.

²³ *El nacimiento de la ideología fascista*, pp. 329, 331.

²⁴ *Fascismo. Historia e interpretación*, p. 27.

sindicalistas revolucionarios/nacionalsindicalistas, entre los que pronto se contó él mismo. A los efectos, se le podría considerar la encarnación de ambas prédicas e ideales²⁵, así como la culminación del tránsito del marxismo al fascismo a través de la revisión nacional-idealista del sindicalismo revolucionario italiano.

²⁵ «Al término de las hostilidades, Mussolini y los suyos, en especial los sindicalistas revolucionarios y los futuristas, están persuadidos de haber abierto, con el sindicalismo nacional, una *tercera vía*, esa vía tan febrilmente buscada entre un marxismo que acaba de derrumbarse y un liberalismo cuyas taras morales y políticas están más que demostradas. A Mussolini, como buen discípulo del marxismo hegeliano, le gusta hablar de una síntesis de dos antítesis: clase y Nación. (...) [En este sentido,] [s]egún Mussolini, la concepción fascista del Estado no difiere de la concepción comunista más que en la sustitución de los términos de referencia: la Nación sustituye a la clase». (*El nacimiento de la ideología fascista*, pp. 336, 349. En cursiva en el original.)